

FUKUYAMA, Francis. *The Origins of Political Order. From Prehuman Times to the French Revolution*. Nueva York: Farrar, Strauss and Giroux, 2011, 585 pp.

El controvertido autor que saltó a la fama por su polémico ensayo *El fin de la historia y el último hombre* nos trae con *The Origins of Political Order* la primera parte de un monumental trabajo sobre el orden político. Esta primera parte, como podría suponerse por el título, está inspirada y dedicada a Samuel P. Huntington por su clásico trabajo *El orden político en las sociedades en cambio* (1968). Algunos de los principales aportes por los cuales para Fukuyama destaca este libro son, en primer lugar, la importancia de la modernización y del fortalecimiento de las instituciones políticas para evitar la decadencia política. Esto implica seguir la máxima de Thomas Hobbes, según la cual puede haber orden sin libertad, más no libertad sin orden.

Lo segundo tiene que ver con la posición escéptica sobre una espontánea y compatible conmensurabilidad entre los desarrollos económicos y políticos de las sociedades que atraviesan procesos de modernización. Esto implica ir contra la teoría de la modernización endógena atribuida a Lipset, según la cual desarrollar el capitalismo genera el desarrollo de la democracia. Frente a la pregunta de si todo lo que nos parece bueno va junto (por ejemplo, el desarrollo económico y el desarrollo de la democracia, cuyos últimos representantes serían Acemoglu y Robinson, con su categoría de «instituciones inclusivas»), Huntington respondería que no necesariamente: que a veces la estabilidad política no es tan factible de conseguir con alta participación política (por eso algunos asocian con justicia a Huntington con una posición que abogue en determinados contextos por autoritarismos modernizadores de transición). En este contexto, lo que busca Fukuyama con el presente trabajo es una investigación comparativa que permita explorar los orígenes de los diferentes desarrollos institucionales que caracterizan a los casos que Huntington daba por sentados en la década de 1960.

La reconstrucción teórica, elaborada luego de cubrir múltiples períodos de tiempo y casos (literalmente desde tiempos pre-humanos hasta la Revolución Francesa, prestando atención sobre todo a China, India y Europa), permite sostener a Fukuyama, primero, que las instituciones terminan instaurándose sobre otras previas, con lo que la hibridación termina siempre siendo la norma frente a imágenes puramente abstractas y normativas. Su apoyo en la biología y en los estudios sobre la evolución del ser humano (algo no muchas veces asumido —y hasta rechazado— por quienes teorizan y analizan la política), posibilitan la afirmación de que los seres humanos siempre han existido de manera gregaria, donde las estructuras de parentesco y el altruismo recíproco han jugado roles fundamentales para la cooperación social, así como (más adelante) lo hizo la religión.

Con esto intenta refutar empíricamente a los contractualismos modernos (Hobbes, Locke y Rousseau), así como las simplificaciones en las que la teoría de la elección

racional puede caer, cuando todas estas aproximaciones tienden a asumir un cierto individualismo ontológico, sino metodológico. Lo que sí se destaca como certero del hobbesianismo es el reconocimiento de la violencia como una propensión humana inevitable. De ahí que el sentido del progreso de las instituciones políticas sea poder controlar la violencia que pueda ocurrir entre los seres humanos. Ahora bien, dado que lo que tenemos es un ensamblaje de elementos biológicos y reglas más o menos impersonales, el asunto para Fukuyama es que si las instituciones políticas modernas decaen, lo que tiende a resurgir son los aspectos más naturales, cuyo síntoma para Fukuyama se expresan en el *patrimonialismo*. La cuestión desde esta perspectiva se invierte. Frente a la pregunta por las causas por las que ciertos países tienen prácticas patrimoniales y no, por ejemplo, meritocráticas, Fukuyama formula como pregunta cómo fue posible no ser patrimonialista, si es que biológicamente las estructuras de parentesco y el altruismo recíproco son recurrentes.

A pesar de las resistencias que los seres humanos puedan tener al cambio institucional, Fukuyama insiste en pensar la evolución análogamente a la evolución institucional, debido a que es posible entender la última bajo los criterios esenciales de la primera: variación y selección. Combinaciones contingentes que se adaptan exitosamente y, por ello, se propagan. Sin embargo, la diferencia principal es que es posible diseñar las instituciones (y transmitir su funcionamiento y legitimación culturalmente, o por imitación defensiva), aunque siempre haya una cuota de información e imprevisibilidad insalvable, lo que admite efectos adaptativos posteriores más que inesperados. A pesar de ello, Fukuyama no cree que es imposible hacer reformas exitosas y que, contra Hayek, la historia muestra varios casos de reformas diseñadas exitosas, sean de abajo hacia arriba o de arriba hacia abajo.

El argumento en líneas generales es que el desarrollo político de Europa occidental fue muy inusual, cuando lo comparamos con el resto del mundo. El individualismo a nivel social apareció siglos antes del Estado moderno y del capitalismo, a pesar de lo que filósofos y científicos sociales del siglo XIX pudiesen pensar. Lo mismo sucedió con el Estado de derecho, pues para Fukuyama existió mucho antes de que el poder político estuviese concentrado. Y la rendición de cuentas pudo ser posible aquí porque los Estados modernos y centralizadores que surgieron, no pudieron acabar con las instituciones feudales que dieron lugar a las asambleas representativas. Esta hibridación democrático-liberal entre Estado (*state power*), derecho (*rule of law*) y rendición de cuentas (*accountable government*) terminó expandiéndose por el mundo. Pero lo que no debemos perder de vista es que es contingente (por ejemplo, China ha tenido históricamente un Estado fuerte sin estado de derecho y rendición de cuentas, y la India ha tenido estado de derecho y rendición de cuentas sin un Estado fuerte). Esto podría hacernos pensar en Fukuyama como un determinista, pero la última parte del libro rompe con esa suposición de «dependencia del camino» (*path dependence*) extremo.

Y es que, el punto de inflexión final con el que termina este primer volumen es el surgimiento de un mundo post-malthusiano, que es entendido como el que alberga la posibilidad de un crecimiento intensivo y sostenido. El otro gran elemento tiene que ver con el peso que pueden tener los factores internacionales en la evolución institucional de los diferentes países. Cada vez es menos razonable suponer reformas y cambios que no tomen en cuenta lo que viene sucediendo en el mundo. Esto permite que los países que buscan desarrollarse pueden mirar y adoptar modelos de desarrollo al margen de sus orígenes culturales. Ya no es necesario, pues, inventar la rueda todo el tiempo.

Lo importante para Fukuyama es que este contexto permite relativizar más la fatalista dependencia en la senda de los países que, entendida de manera radical, generaba un inevitable fracaso en quienes empezaron de una manera «no óptima» (una versión recurrente sería el de la llamada «herencia colonial»). Esto no quiere decir que las sociedades no sean reacias al cambio y favorables a la inercia institucional. Sin embargo, sí implica que hoy por hoy es mucho más factible reformar instituciones, disponiéndose de mayor evidencia empírica sobre resultados. Los orígenes del orden político son, en última instancia, contingentes. Pero una vez que emergen las instituciones, estas pueden exportarse a otros contextos, dando lugar a resultados en parte similares y en parte diferentes (a fin de cuentas, los contextos sí importan). Las viejas discusiones sobre las «fases» o «etapas» por las que las sociedades tendrían que pasar, son disueltas bajo una perspectiva evolutiva no teleológica, que pueda teorizar a nivel general sobre el desarrollo político, en tanto haga inteligible los procesos de convergencia universal de las instituciones.

En este punto quizá sea factible decir que filosóficamente Fukuyama abandona la matriz hegeliana de *El fin de la historia*, porque dinamiza la naturaleza humana a través de la evolución, tanto humana como institucional. Se mantiene la importancia de la lucha por el reconocimiento como un elemento importante, pero sin que sea la variable fundamental. Se rechaza la teleología, dando lugar a la contingencia. De ahí que la respuesta por la combinación exitosa entre democracia liberal (gobierno con rendición de cuentas, estado de derecho y Estado moderno) y capitalismo no sea ahora entendida como la culminación de un meta-relato. Lo que se defiende es una evolución contingente, aunque no por ello inestable, donde la democracia liberal capitalista ha podido exitosamente adaptarse al medio y cuyo éxito adaptativo nos es posible reconstruir.

Erich Daniel Luna
Departamento de Humanidades
Pontificia Universidad Católica del Perú